

HERNANDO COLON

Nació en Córdoba el 15 de agosto de 1488, falleció en Sevilla el 12 de julio de 1539.

Hijo del descubridor del Nuevo Mundo. Con filial amor y admiración por su progenitor, escribió la *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*, y en su memoria fundó la Biblioteca Colombina, en la que reunió numerosas y valiosas obras referentes a los esfuerzos y hazañas de su padre.

Redactó la biografía de su padre entre 1537 y el 12 de julio de 1539.

Buena biografía de don Hernando es la de Henry Harrise. *Fernando Colomb. su vie. ses oeuvres*. Paris. 1872. Traducida por Alfonso Ulloa.

La *Vida* o *Historias* del Almirante escrita por su hijo don Hernando, ha sido sometida a duras críticas, poniendo en entredicho su autenticidad. Sin embargo, a partir de las ediciones de la *Historia de las Indias* del P. Las Casas, diversos autores asentaron su veracidad para el conocimiento colombiano. La primera edición es la de Venecia de 1571, y la más correcta dotada de excelente bibliografía es la siguiente: Fernando Colombo, *Le Historie della vita e dei fatti di Cristoforo Colombo per D. Fernando Colombo suo figlio, a cura: di Rinaldo Caddeo con studio introduttivo, note, appendici e numerose carte e incisioni*, Milán, 1930. Información general al día la otorga José Torre Revello, "Don Hernando Colón. Su vida, su biblioteca, sus obras" en *Revista de Historia de América*, No. 19, México, junio de 1945, p. 1-59. Ved también Emiliano Jos, "Las impugnaciones a la Historia del Almirante", en *R. de I.*, Madrid, 1942, No. 8, p. 189-221, y el brillante trabajo de Alejandro Cionarescu, *Primera biografía de Cristóbal Colón, Fernando Colón y Bartolomé de las Casas*, Tenerife, 1960. El estudio de Ramón Iglesia que precede a la edición utilizada por nosotros es igualmente relevante.

Fuente: Hernando Colón. *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón, escrita por su hijo...* Edición, prólogo y notas de Ramón Iglesia. México, Fondo de Cultura Económica, 1947, 344 p. (Biblioteca Americana).

RETRATO DE COLON

El Almirante fue hombre bien formado y de estatura más que mediana, la cara larga, los pómulos algo salientes, sin declinar a gordo ni a macilento. Tenía la nariz aguileña, los ojos garzos, la color blanca y encendida. En su mocedad tuvo

los cabellos rubios, pero cuando llegó a los treinta años, todos se le pusieron blancos. En el comer y el beber, y en el adorno de su persona, era muy comedido y modesto. Afable en la conversación con los extraños y muy agradable con los de casa, si bien con modesta gravedad. Fue tan observante en las cosas de la religión que podría tenersele por profeso en la manera de observar los ayunos y de rezar el oficio divino. Fue tan enemigo de juramentos y blasfemias que yo juro que jamás le oí echar otro juramento que por San Fernando. Y cuando más airado se hallaba con alguno, su reprensión era decirle “de vos a Dios, ¿por qué hiciste o dijiste esto?” Y si alguna cosa tenía que escribir, no tomaba la pluma sin escribir primero estas palabras: *JESUS cum MARIA sit nobis in via*; y con tal carácter de letra, que con sólo aquello podría ganarse el pan.

Dejando las otras particularidades de sus hechos y costumbres, que en el curso de la historia podrán mencionarse a su debido tiempo, pasemos a hablar de la ciencia a que más se dedicó. Digo, pues, que en su tierna edad aprendió las letras, y estudió en Pavía lo bastante para entender a los cosmógrafos, a cuya lección fue muy aficionado; por lo cual se dedicó también a la astrología y la geometría. Pues estas ciencias están tan relacionadas, que no puede estar la una sin la otra; y también porque Ptolomeo, en el comienzo de su *Cosmografía*, dice que nadie podrá ser buen cosmógrafo sin ser dibujante, aprendió también el dibujo, para situar las tierras y formar los cuerpos cosmográficos en el plano y en la esfera.

De los ejercicios en que se ocupó el Almirante antes de venir a España

Teniendo ya el Almirante conocimiento de dichas ciencias, comenzó a dedicarse a navegar y a hacer algunos viajes por Levante y Poniente. De los cuales, y de otras muchas cosas de aquellos primeros días no tengo plena noticia, puesto que él murió cuando aún no tenía yo ni atrevimiento ni familiaridad bastantes, por el respeto filial, para osar preguntarle tales cosas; o para hablar con más verdad, porque entonces me encontraba yo, como muchacho, muy lejos de semejante idea. Pero en una carta que escribió a los Serenísimos Reyes Católicos el año 1501, a quienes no se habría atrevido a escribir sino lo que la verdad exigía, dice las palabras siguientes:

“Muy altos Reyes: De muy pequeña edad entré en la mar,

navegando, y lo he continuado hasta hoy. La misma arte inclina, a quien la prosigue, a desear saber los secretos de este mundo. Ya pasan de cuarenta años que yo soy en este uso. Todo lo que hasta hoy se navega he andado. Trato y conversación he tenido con gente sabia, eclesiásticos y seglares, latinos y griegos, judíos y moros, y con otros muchos de otras sectas. A este mi deseo hallé a Nuestro Señor muy propicio, y hube de él para ello espíritu de inteligencia. En la marinería me hizo abundoso; de astrología me dio lo que abastaba, y así de geometría y aritmética, e ingenio en el ánimo y manos para dibujar esta esfera, y en ella las ciudades, ríos y montañas, islas y puertos, todo en su propio sitio. En este tiempo he yo visto y puesto estudio en ver todas escrituras: cosmografía, historias, crónicas y filosofía y de otras artes, de forma que me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable, a que era hacadero navegar de aquí a las Indias, y me abrazó la voluntad para la ejecución de ello, y con este fuego vine a Vuestras Altezas. Todos aquellos que supieron de mi empresa, con risa y burlando la negaban. Todas las ciencias que dije no aprovecharon, ni las autoridades de ellas. En sólo Vuestras Altezas quedó la fe y constancia.”

En otra carta que escribió desde la Española a los Reyes Católicos en el mes de enero de 1495, contándoles las variedades y errores que suelen encontrarse en las derrotas y pilotajes, dice:

“A mí acaeció que el Rey Reinel, que Dios tiene, me envió a Túnez, para prender la galeaza *Fernandina*, y estando ya sobre la isla de San Pedro, en Cerdeña, me dijo una saetía que estaban con la dicha galeaza dos naos y una carraca, por lo cual se alteró la gente que iba conmigo, y determinaron de no seguir el viaje, salvo de se volver a Marsella por otra nao y más gente. Yo, visto que no podía sin algún arte forzar su voluntad, otorgué su demanda, y mudando el cebo del aguja, di la vela al tiempo que anochecía, y, otro día, al salir el sol, estábamos dentro del cabo de Cartagena, tenido todos ellos por cierto que íbamos a Marsella.”

Asimismo en una memoria o anotación que hizo para demostrar que las cinco zonas son habitables, probándolo con la experiencia de las navegaciones, dice:

“Yo navegué el año de 1477, en el mes de febrero, ultra Tile, isla, cien leguas, cuya parte austral dista de la Equinoccial setenta y tres grados, y no sesenta y tres, como algunos dicen; y no está dentro de la línea que incluye el

Occidente, como dice Ptolomeo, sino mucho más occidental. Y a esta isla, que es tan grande como Inglaterra, van los ingleses con mercaderías, especialmente los de Bristol. Y al tiempo que yo a ella fui, no estaba congelado el mar, aunque habían grandísimas mareas, tanto que en algunas partes, dos veces al día, subía veinticinco brazas, y descendía otras tantas en altura.”

Verdad es que Tule, de quien Ptolomeo hace mención, está en el sitio donde él dice, y hoy se llama Frislandia. Y más adelante, probando que la Equinoccial es habitable, dice:

“Yo estuve en el castillo de San Jorge de la Mina, del rey de Portugal, que está debajo de la Equinoccial; y soy buen testigo de que no es inhabitable, como quieren algunos.”

Y en el libro del primer viaje dice “que vio algunas sirenas en la costa de la Manegüeta, aunque no eran tan semejantes a las mujeres como las pintan”, y en otro lugar, dice: “Navegando muchas veces desde Lisboa a Guinea, consideré diligentemente, que el grado corresponde en la tierra a cincuenta y seis millas y dos tercios”; y más adelante dice que en Chíos, isla del Archipiélago, vio sacar almáciga de algunos árboles; y en otra parte dice: “Veintitrés años he andado por el mar sin salir de él por tiempo que deba descontarse; vi todo el Levante y todo el Poniente” que dice por navegar hacia el Septentrión, esto es, Inglaterra, “y he navegado a Guinea. Pero en ninguna parte he visto tan buenos puertos como éstos de la tierra de las Indias”.

Más adelante afirma que empezó a navegar de catorce años, y que siempre anduvo en el mar. En el libro del segundo viaje, dice: “Yo me he hallado traer dos naos y dejar la una en el Puerto Santo a hacer un poco, en que se detuvo un día, y yo llegué a Lisboa ocho días antes que ella, porque yo llevé tormenta de viento de Sudoeste, y ella no sintió sino poco viento Nordeste, que es contrario.”

De manera que por estas autoridades o testimonios, podremos entender cuán experimentado fue el Almirante en las cosas del mar, y las muchas tierras y lugares por los que anduvo antes de dedicarse a la empresa de su descubrimiento.

El mes de mayo de 1505 salió para la corte del Rey Católico; porque ya el año antes había pasado a mejor vida la gloriosa reina Doña Isabel; por lo que no poco valor mostró el Almirante, pues ella había sido quien lo apoyaba y favorecía, habiendo hallado siempre al rey algo seco y contrario a sus negocios. Esto se vio claro en la acogida que le hizo. Pues

aunque en apariencia le recibió con buen semblante y simuló volverlo a poner en su estado, tenía propósito de quitárselo totalmente, si no se lo hubiese impedido la vergüenza que, según hemos dicho, tiene gran fuerza en los ánimos nobles. Su Alteza misma y la Serenísima Reina lo habían mandado, cuando partió al mencionado viaje. Pero dando ya entonces las cosas de las Indias muestra de lo que habían de ser, y viendo el Rey Católico la mucha parte que en ellas tenía el Almirante en virtud de lo que con él se había capitulado, intentaba quedarse con el dominio absoluto de las Indias, y poder proveer a su modo y voluntad aquellos oficios que tocaban al Almirante. Por lo que comenzó a proponerle nuevos capítulos de recompensa. A lo que no dio lugar Dios, porque entonces el Serenísimo Rey Felipe I vino a reinar a España. Y al tiempo que el Rey Católico salió de Valladolid para recibirle, el Almirante, muy agravado de su gota y del dolor de verse caído de su estado, agravándolo también otros males, rindió su alma a Dios el día de su Ascensión a 20 de mayo de 1506, en la susodicha villa de Valladolid, habiendo antes recibido con mucha devoción todos los sacramentos de la Iglesia y dichas estas últimas palabras: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*. El cual, por su alta misericordia y bondad, tenemos por cierto que lo recibió en su gloria: *Ad quam nos cum eo perducatur. Amen*.

Su cuerpo fue llevado después a Sevilla, y enterrado en la iglesia mayor de aquella ciudad con pompa fúnebre. De orden del Rey Católico, para perpetua fama de sus memorables hechos y descubrimientos de las Indias, se puso un epitafio en lengua española, que decía así:

A CASTILLA Y A LEON
NUEVO MUNDO DIO COLON